HIGIENE DEL ASESINO

Amélie Nothomb

HIGIENE DEL ASESINO

Traducción de Sergio López



Primera edición: Mayo, 1996
Quinta reimpresión: Octubre, 2020
Segunda edición: Febrero, 2026
Título original: «*Hygiène de l'assassin*»
© Éditions Albin Michel, S.A., 1992
© de la traducción: Sergio López, 1996
© de la presente edición: CIRCE Ediciones, S.L.U.
Avda. Roma, 157
08011 - Barcelona
Tel.: 93 204 09 90

ISBN: 978-84-7765-327-1

Depósito legal: B 2939-2026
Fotocomposición gama, sl
Maria Calvet, 11
08790 Gelida, Barcelona

Impreso en España

Derechos exclusivos de edición en español para España
y todos los países de habla castellana.

Diseño e ilustración de cubierta: Natàlia Pàmies

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada informáticamente o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de la editora.

www.circeediciones.com
info@circeediciones.com
, @circe_ediciones
circe ediciones
@circe-ediciones

Cuando fue público y notorio que el grandísimo escritor Prétextat Tach moriría en los dos próximos meses, periodistas de todo el mundo solicitaron entrevistas privadas con el octogenario. El anciano gozaba, sin lugar a dudas, de un considerable prestigio; no por ello resultó menos sorprendente ver cómo acudían, hasta el pie de la cama del novelista francófono, emisarios de periódicos tan conocidos como *Los Rumores de Nankin* (que nos hemos tomado la libertad de traducir) y *The Bangladesh Observer*. De este modo, dos meses antes de su fallecimiento, el señor Tach tuvo la oportunidad de hacerse una idea de la amplitud de su fama.

Su secretario se encargó de realizar una drástica selección entre los solicitantes: descartó todos los periódicos en lengua extranjera, ya que el moribundo sólo hablaba francés y no se fiaba de ningún intérprete; rechazó a los reporteros de color debido a que, con la edad, el escritor había empezado a adoptar puntos de vista racistas que no se correspondían con sus opiniones profundas –avergonzados, los especialistas tachtianos lo interpretaban como la expresión de un deseo senil de escandalizar–; por último, el secretario disuadió educadamente a los solicitantes de las cadenas de televisión, revistas femeninas, periódi-

cos considerados excesivamente políticos y, sobre todo, publicaciones médicas que hubieran querido saber de qué modo había contraído el gran hombre un cáncer tan raro.

No sin orgullo, el señor Tach recibió la noticia de que padecía el temible síndrome de Elzenveiverplatz, conocido vulgarmente como «cáncer de los cartílagos», que el sabio epónimo había diagnosticado en el siglo XIX, en Cayenne, en una decena de presidiarios encarcelados por violencia sexual seguida de homicidio y que, desde entonces, nunca más había sido detectado. Recibió aquel diagnóstico como un honor inesperado: con su físico de obeso imberbe que, salvo la voz, lo tenía todo de un eunuco, temía morir a causa de una estúpida enfermedad cardiovascular. Al redactar su epitafio, no olvidó mencionar el nombre sublime del médico teutón gracias al cual iba a fallecer elegantemente.

A decir verdad, que aquel sedentario adiposo hubiera sobrevivido hasta la edad de ochenta y tres años llenaba de perplejidad a la medicina moderna. El hombre estaba tan gordo que, desde hacía años, confesaba ser incapaz de andar; había mandado a freír espárragos los consejos de los dietistas y se alimentaba de un modo abominable. Por si eso fuera poco, no dejaba de fumarse sus veinte puros diarios. Pero bebía con gran moderación y practicaba la castidad desde tiempos inmemoriales: los médicos no encontraban otra explicación para justificar el buen funcionamiento de su corazón ahogado por la grasa. Su supervivencia resultaba tan misteriosa como el origen del síndrome que iba a ponerle fin.

No hubo ni un sólo órgano de prensa del mundo que no se escandalizara por la mediatización de aquella próxima muerte. Las secciones de cartas de los

lectores se hicieron eco de estas autocríticas con amplitud. Los reportajes de los pocos periodistas seleccionados despertaron, precisamente por ello, más espectación todavía, conforme a las leyes de información moderna.

Los biógrafos se mantenían atentos. Los editores preparaban sus baterías. También hubo, claro está, algunos intelectuales que se preguntaron si aquel éxito prodigioso no era sobrevalorado: ¿había sido realmente Tach un innovador? ¿O tan sólo era el ingenioso heredero de creadores desconocidos? Y venga citar a algunos autores de nombre esotérico –cuyas obras ni siquiera habían leído–, lo que les permitía hablar con profundidad.

Todos estos factores concurrieron para asegurarle a aquella agonía un eco excepcional. Era un éxito, sin duda.

El autor, que contaba en su activo con veintidós novelas, vivía en los bajos de un edificio modesto: necesitaba una vivienda en la que todo estuviera en la planta baja, ya que se desplazaba en silla de ruedas. Vivía solo y sin ningún animal de compañía. Cada día, una valerosa enfermera pasaba hacia las cinco de la tarde para lavarle. No habría soportado que nadie hiciera la compra en su lugar: él mismo compraba sus provisiones en las tiendas del barrio. Su secretario, Ernest Gravelin, vivía cuatro pisos más arriba, pero evitaba verle en la medida de lo posible; le telefoneaba regularmente, y Tach nunca perdía la oportunidad de iniciar la conversación con un: «Lo siento, querido Ernest, aún no me he muerto.»

Sin embargo, Gravelin repetía a los periodistas seleccionados lo bueno que, en el fondo, era el anciano: ¿acaso no donaba cada año la mitad de sus ingresos a obras benéficas? ¿Acaso no afloraba esta secreta ge-

nerosidad en algunos de los personajes de sus novelas? «Claro que nos aterroriza a todos, empezando por mí, pero estoy convencido de que esta máscara agresiva es una coquetería: le gusta interpretar el papel de obeso plácido y cruel para esconder una sensibilidad a flor de piel.» Estas palabras no tranquilizaron a los reporteros que, por otra parte, no deseaban curarse de un miedo que provocaba la envidia de los demás: les confería un aura de corresponsal de guerra.

La noticia del inminente fallecimiento cayó un 10 de enero. Hasta el día 14, el primer periodista no pudo ser recibido por el escritor. Penetró en el corazón del apartamento en el que todo estaba muy oscuro, por lo que tardó unos instantes en distinguir, en medio del salón, la enorme silueta sentada en la silla de ruedas. La voz sepulcral del octogenario se limitó a un inexpresivo «Buenos días, caballero» para que se sintiera cómodo, lo que crispó aún más al infeliz.

–Encantado de conocerle, señor Tach. Es un gran honor para mí.

El magnetófono estaba conectado, vigilando las palabras del anciano, que callaba.

–Perdone, señor Tach, ¿podría encender la luz? No consigo distinguir su rostro.

–Son las diez de la mañana, caballero, a esta hora no suelo encender la luz. Además, no tardará en verme perfectamente, tan pronto como sus ojos se hayan acostumbrado a la penumbra. Así pues, aproveche esta tregua que le es concedida y confórmese con mi voz, que es lo más hermoso que tengo.

–En efecto, tiene usted una voz muy hermosa.

–Sí.

Silencio incómodo para el intruso, que anotó en

su libreta: «T. practica un silencio acerbo. Procurar evitarlo en la medida de lo posible.»

–Señor Tach, el mundo entero ha admirado la determinación con la que, a pesar de los consejos de los médicos, se ha negado a ingresar en un hospital. Así pues, la primera pregunta que se me ocurre es la siguiente: ¿cómo se siente?

–Me siento igual que me vengo sintiendo desde hace veinte años.

–¿Es decir?

–Me siento poco.

–¿Poco qué?

–Poco.

–Ya, comprendo.

–Le admiro.

Ninguna ironía en la voz implacablemente neutra del enfermo. El periodista soltó una risita cetrina antes de proseguir:

–Señor Tach, con un hombre como usted no utilizaré las perífrasis habituales en mi profesión. Así que me permito preguntarle cuáles son los pensamientos y el estado de ánimo de un gran escritor consciente de que está a punto de morir.

Silencio. Suspiro.

–No lo sé, caballero.

–¿No lo sabe?

–Si supiera cuáles son mis pensamientos, supongo que no me habría hecho escritor.

–¿Insinúa que escribe para saber finalmente cuáles son sus pensamientos?

–Es posible. No estoy muy seguro, hace mucho tiempo que no escribo.

–¿Cómo? Pero si su última novela se publicó hace dos años...

–Vaciado de cajones, caballero. Mis cajones están

tan llenos que se podría editar una nueva novela cada año durante el decenio que seguirá a mi muerte.

–¡Pero esto es extraordinario! ¿Cuando dejó de escribir?

–A los cincuenta y nueve años.

–Entonces, ¿todas sus novelas publicadas en los últimos veinticuatro años correspondían a ese vaciado de cajones?

–Ha calculado usted bien.

–¿A qué edad empezó a escribir?

–Es difícil de precisar: empecé y lo dejé en muchas ocasiones. La primera vez tenía seis años, escribía tragedias.

–¿Tragedias a los seis años?

–Sí, en verso. Flojas. Lo dejé a los siete años. A los nueve, tuve una recaída que me costó algunas elegías, siempre en verso. Despreciaba la prosa.

–Sorprendente, sobre todo viniendo de uno de los mayores prosistas de nuestra época.

–A los once años volví a dejarlo y no escribí ni una línea hasta los dieciocho.

El periodista anotó en su libreta: «T. acoge los cumplidos sin irritarse.»

–¿Y a los dieciocho?

–Volví a empezar. Primero escribía poco, luego cada vez más. A los veintitrés alcancé mi velocidad de crucero, que mantuve durante treinta y seis años.

–¿A qué se refiere con «velocidad de crucero»?

–No hacía nada más. Escribía constantemente; aparte de comer, fumar y dormir, no tenía ninguna otra actividad.

–¿No salía nunca?

–Sólo cuando no me quedaba otro remedio.

–De hecho, nadie ha sabido nunca qué hizo durante la guerra.